

—Oid, mi buen tío, dijo el rey, que estaba cada vez mas pálido; si llego á convencerme de que me haceis traicion, os mato, á no ser que el ángel de vuestra guarda ponga entre vos y yo á mi madre para que os salve una vez mas.

—¿Pero qué horrores, qué infamias os ha dicho de mí esa sombra maldita?

—Mirad, mi buen tío: segun lo que hemos sabido, está aquí, en este campo, mi prima, mi hermosa prima doña Juana Nuñez de Lara. Voy á mandar que os la entreguen; lleváosla, y que no la vuelva yo á ver mas. Salid, infante don Juan; mandad al caballero del Aguila Roja que entre, y esperad, para obedecer lo que yo os mande.

El infante salió aturdido, y poco despues entró Zayda Fatima.

CAPITULO XV.

EN QUE ZAYDA FATIMA HACE ALGUNAS IMPORTANTES REVELACIONES Y DA ESCULENTES CONSEJOS AL REY.

El rey se ponía á cada momento mas pálido y tiritaba de una manera sensible.

Zayda Fatima conocia demasiado la enfermedad del jóven príncipe; es decir, aquellas tenaces cuartanas que no se curaban con nada, y que estaban sostenidas tal vez por la intemperancia en el comer y en el beber, que no habia podido corregir, á pesar de todos sus esfuerzos, de todas sus persuasiones, la reina doña María.

Era verdaderamente esta señora desgraciada: como reina, luchaba contra ambiciones indómitas; como madre, veia que su hijo primogénito habia heredado el carácter violento, voluntarioso y antojadizo de su padre.

El valetudinario estado del rey reconocia por causa lo indómito de su carácter.

—¿Hace frio, caballero? preguntó á Zayda Fatima Fernando IV.

Zayda Fatima se acercó á la mesa, tomó un pergamino y escribió en él lo siguiente:

—Tanto como frio, no señor.

—Pues yo le siento, y grande, señor caballero, dijo el rey leyendo lo que acababa de escribir Zayda Fatima.

—Las cuartanas, señor, escribió la jóven: no debiérais salir de noche, ni venir á estos lugares de ribera, que son muy húmedos.

—¿Sabeis que yo adolezco de cuartanas? preguntó el rey.

—¿Y quién no lo sabe, señor? escribió Zayda Fatima. Además, yo he oído decir á don Kag, físico que fué de vuestro padre y que ahora lo es de vuestra señoría, que las cuartanas os serian funestas, si no os prestábais al remedio.

—¿Conoceis á don Kag?

—¿Quién no conoce á ese famoso médico judío?

—Creo que sois de la córte mas de lo que parece.

—Yo no soy ni he sido nunca de la córte, sino del rey.

—Lo cual no es lo mismo: pero sin ser de la córte, esto es, sin ser de los traidores, habeis podido vivir en ella y entre ellos.

—Si pretendéis descubrir mi incógnito con estas preguntas, nada conseguireis, escribió Zayda Fatima de una manera nerviosa.

—Paréceme que os impacientais, dijo con altivez el rey.

—Yo no puedo impacientarme contra el rey mi señor.

—¿Por qué no decís, contra el rey mi señor natural?

—Porque no es mi señor natural vuestra señoría.

—¿Quién es pues?

—No puedo revelarlo.

—Yo os lo mando.

—Vuestra señoría no es el Santo Padre.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que el mismo voto solemne que me obliga á guardar silencio, me obliga á ocultar mi nombre y mi patria.

—No insisto, caballero, no insisto, dijo el rey, ni os pregunto tampoco quién sea ese vuestro compañero que se llama el caballero Sin nombre y que se encubre tal como vos.

—Si vuestra señoría me lo preguntara, no podria responderle.

—Pero podeis responderme bien y cumplidamente á otras preguntas; por ejemplo: ¿qué personas estrañas hay en vuestro campo esta noche?

—Una dama.

—¿Quién es esa dama?

—Doña Juana Nuñez de Lara.

—¿Dónde la habeis encontrado?

—En una casa miserable y entre gente perdida, en el arrabal.

—¿Creeis que esa dama haya ido á esa casa deliberadamente?

—No sé si seria capaz de ir; pero esta noche ha ido por acaso.

—¿Creeis que doña Juana sea capaz de perderse entre estudiantes, soldados, aventureros y hampones?

—Yo creo capaz de todo á una casada que ofende á su marido.

—¡Oh! exclamó el rey: está de Dios que todos hayan de reprehenderme esta noche. ¿Sereis vos tambien un alma en pena, capitán?

—Puede ser. ¿Pero por qué habla vuestra señoría de almas en pena?

—Decidme: ¿habeis conocido acaso al conde don Lope Diaz de Haro?

—No ciertamente, señor; pero he oído hablar mucho de él.

—Ved que ya habeis llenado ese pergamino.

Zayda Fatima enrolló el que acababa de escribir, y sujetándole en su cinturón, tomó otro pergamino, y esperó para escribir que la hablase el rey.

—¿Qué habeis oído decir del conde don Lope? dijo el rey.

—Lo que dice todo el mundo, escribió Zayda Fatima; que era un traidor y que hizo muy bien en matarle vuestro padre, como hizo muy mal vuestra madre en impedir que el señor rey don Sancho matase al infante don Juan.

—¿Vos tambien! dijo el rey.

—Digo lo que he oído.

—¿No conoceis al infante don Juan?

—No señor.

—Entonces no conoceis á nadie.

—Conozco lo bastante para ponerme decididamente y hasta morir al servicio de la señora reina doña María.

—¿Os conoce la reina?

—No.

—Debeis ser muy ricos vuestro compañero ó vos.

—Hemos encontrado un tesoro, y le hemos destinado al servicio de vuestra señoría. Si con la gente que tenemos á sueldo, no bastare, asoldaremos mas, y mientras vivamos no dejaremos crecer á los traidores.

—¿Por qué os habeis puesto sobre Valladolid?

—Porque en el Campo grande, escribió Zayda Fatima, tiene su campo la fuerte mesnada don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya; porque don Juan Alfonso de Haro, señor de los Cameros, acampa la suya en el Espolon, y entre estos dos tienen tambien su fuerte campo don Juan Nuñez y don Alvaro Nuñez de Lara: todos, con color de servir á la reina, de la que toman crecidos sueldos, la tienen sitiada; y no es esto solo: los infantes de la Cerda, con un ejército de Aragon, á cuya cabeza suena el infante don Pedro, andan por tierras de Leon, ocupándoos villas y fortalezas y amenazándoos. El rey de Portugal adelanta por las Estremaduras con color de favorecer á los de la Cerda, olvidándose del pleito homenaje y del deudo que tiene con vos, por vuestro casamiento con su hija la infanta niña doña Constanza; pero en realidad buscando las villas y castillos que pide á vuestra madre, como condicion para dejar de hacerla la guerra. El infante don Enrique, vuestro tío, allá en Andalucía pacta traiciones con el rey de Granada. El de Aragon y el de Francia oprimen al Papa para que no os legitime, manteniendo así las esperanzas del infante don Juan, vuestro tío, acerca de la corona, y las de acrecentamiento de los traidores. Las rentas reales se emplean en pagar á los ricos hombres y á sus caballeros, con cuyas lanzas no puede contarse, y la reina no tiene una sola lanza suya en quien poder fiar. Todos se vuelven codiciosos y alevos contra una viuda y un niño; todos tienden las manos crispadas de avaricia sobre vuestra herencia, y se olvida la patria,

y se alienta á sus enemigos, y aun se pretende abrir por Tarifa las puertas de España al bárbaro Yacub. Se da ocasion á un dia tan funesto como el de Guadalete, y no bastando tanto, tanta infamia de la codicia contra la patria y contra el rey, un infante de Aragon, don Pedro, se atreve á buscar el tálamo sin mancilla de vuestra madre.

—¡Vive Dios, caballero! exclamó el rey. Dadme, dadme ese pergamino que acabais de llenar, para que yo le guarde, para que le lea continuamente, para que me embravezca leyéndole, apurando la amargura de que está lleno.

Zayda Fatima enrolló el pergamino, le entregó al rey, tomó otro y escribió.

II.

—En tal estado las cosas de Castilla, no es dudosa la decision que deben tomar los leales. Combatir, luchar, morir por la patria y por el rey, si es necesario. El caballero Sin nombre y yo somos leales, y por eso, con nuestra brava compañía franca, nos hemos puesto frente á los infames, á los miserables, á los alevosos, que no obedecen al rey sino cuando medran por su obediencia, y siempre dispuestos á rebelarse en busca de nuevos medros.

—Quiero conoceros, exclamó el rey; quiero recompensaros; yo echo sobre mí por ante Dios, por ante el Santo Padre, la responsabilidad del rompimiento de vuestro voto.

—Sois débil, señor, escribió Zayda Fatima; vuestro tío el infante don Juan halaga vuestras pasiones, y hace de vos lo que quiere.

—¿Os engañais! exclamó el rey: yo soy hijo de mi padre, y no era ciertamente la debilidad la falta que podia achacarse al rey don Sancho el Bravo. Yo he creído en las protestas de arrepentimiento y amor del infante don Juan; yo, en la nobleza de mi alma, no he podido creer se albergase tanta alevosía en un

caballero: me ha hablado esta noche una voz de la eternidad, ha tocado mis ojos una mano misteriosa, y les ha dado luz; he reconocido que me dejaba arrastrar por mis pasiones, y me he hecho atrás en la senda de perdicion que seguia: podeis descubrirnos á mí sin temor, caballero; quiero conoceros, quiero recompensaros; yo os doy mi palabra de rey de que nada arriesgais; y en prueba de ello, de que soy otro del que era, ó mas bien de que he reconocido que no debo hacer lo que hacia, llamad á mi tío el infante don Juan.

—¿Y para qué? señor, dijo Zayda Fatima rompiendo al fin el silencio, pero acercándose al rey y en voz baja, para evitar la oyese si escuchaba junto á la puerta de la tienda el infante don Juan.

—¡Esa voz! exclamó el rey: yo conozco mucho esa voz; pero no puedo atinar; no, no, imposible: vos, un capitán de aventuras, un capitán bravo; no, no puede ser.

—Sí, sí señor, respondió Zayda Fatima: me conocéis mucho, me habeis visto durante tres años todos los días al lado de vuestra madre; pero hablad bajo por Dios, no sea que os oigan: yo soy.

—¿Sois vos en efecto, dijo el rey en voz contenida, doña María de Granada?

—Yo soy.

—¿Y vos habeis combatido como un esforzado hombre de armas! exclamó con asombro el rey.

—Dios ha fortalecido mi corazón y mi brazo.

—¿Oh Señor! exclamó el rey, tú eres sabio é incomprendible, tú fortaleces al débil y debilitas al fuerte. ¡Oh qué asombro! una dama como vos, convertida en un terrible soldado. Id, doña María, llamad al infante don Juan; yo guardaré vuestro secreto; pero por lo que diga á mi buen tío, quiero que comprendais hasta qué punto me he arrepentido.

—No debeis avisar al que se duerme en la traicion, al que sueña creyendo en la debilidad de aquel á quien quiere hacer su víctima; la prudencia es la virtud mas necesaria de los príncipes; cuando se conoce al aleve, cuando acusarle de su alevosía



LA BUENA MADRE.

Yo soy.

puede producir un acto rebelde, cuyas consecuencias acaso no puedan evitarse, la prudencia aconseja el silencio, el disimulo: no mostreis al infante don Juan que recelais de él; por el contrario, confiadle mas y mas: sobre todo, no tengais rubor de vuestra madre, de vuestra noble madre, que es vuestra mejor amiga; confesádselo todo y seguid sus consejos. Su señoría os aconsejará infinitamente mejor que vos. En cuanto al infante don Juan, en vez de llamarle para decirle lo que no debeis decirle, llamadle para manifestarle que os vais á recoger, y que él puede recogerse: veamos si sabeis disimular, si haceis de manera que nada sospeche el señor infante. ¿Me permitís que llame, señor?

—Llamad.

Zayda Fatima se llevó la bocina á los labios y produjo un sonido largo y vibrante.

III.

Inmediatamente se levantó el tapiz que cubria la puerta y apareció Alfon Gil.

Zayda Fatima le indicó con un ademan que escuchase al rey.

—Suplicad de mi parte, dijo el rey á Alfon Gil, al infante don Juan entre á verme; id.

Alfon Gil se inclinó profundamente y salió.

A poco entró el infante don Juan.

IV.

Su mirada recelosa se fijó profunda y penetrante en Zayda Fatima, que estaba de pié é inmóvil al lado de los alfafares, en que se recostaba el rey.